

tembes de Ugogo y las chozas de ciertos pueblos del Congo, Ogowe, Gabún y Benguela; pero lo típico es la colmena. Para formarse una idea de una de estas chozas cafres, figurémonos, con Bleek, una cesta redonda y semiesférica algo arremangada y cubierta de paja, en cuyo lado hay practicada una pequeña abertura que sirve de puerta, por la cual se entra con gran dificultad. Siguiendo la misma línea de este agujero pomposamente llamado puerta, álzanse tres estacas en las cuales se apoya el armazón de la cabaña: entre la primera y la segunda de éstas está colocado el hogar ó fogón con las tres piedras. El humo no tiene más



El llamado *Knopneus*, del bajo Congo

salida que la puerta ó el techo, si es que tal nombre puede darse á la cubierta. La elevación de la cabaña en el centro es tal que un hombre de regular estatura toca al techo: el diámetro viene á tener doble longitud que una persona. Los cafres duermen tendidos en sus esteras, envueltos en sus coberturas, con los pies junto á la ceniza ó metidos en ésta, que siempre tiene un poco de fuego. El suelo es quizás lo mejor de estas cabañas, pues se parece al de una era y está cubierto de estiércol de vaca.

A este tipo de cabaña pertenecen todas las que encontramos desde el Níger hasta el Nilo y desde Swakop hasta Sobat. En el territorio del alto Nilo, es decir entre los bongos y los djurs, las cabañas son más espaciosas y cómodas; mas por muy cómodas que sean sus dimensiones interiores, su puerta es siempre muy pequeña y en sus paredes no hay ninguna ventana. Las viviendas de los bongos tienen de 5 á 7 metros de altura; y sin embargo su puerta arqueada y untada con arcilla no permite entrar en ellas más que encorvándose. Los dinkas se distinguen de todos los demás negros de la región del Nilo por la sólida construcción de sus chozas: las paredes de éstas son de arcilla pura y sólo soportan una parte del peso de la techumbre, cuyo armazón, en forma de cesta, está sostenido por un tronco con

muchas ramas que se alza en el centro de la cabaña. Entre los nyam-nyam, vemos el *bamogih*, choza en donde duermen los niños crecidos. Las viviendas comunes se adornan con montones de hojas de palmera raphia: las paredes se forran con follaje de plátano y con trozos de corteza entretijadas con cañas de roten. Una cabaña de estas tiene 6 metros de alto por 10 de ancho. La choza-palacio del rey de los mombuttús descrita por Schweinfurth tiene dimensiones mucho mayores, pues alcanza una altura de 17 metros, una anchura de 25 y una longitud de 50, de suerte que comparada con los edificios del Africa central es una construcción monumental. La forma horizontal que dan á los techos los mombuttús indica la existencia de relaciones entre este pueblo y las tribus de la costa occidental ecuatorial que construyen sus viviendas con contorno cuadrado, de igual manera que los manyemas y los habitantes de la orilla del Congo. En punto á adornos encuéntrase mezcladas las más cómicas curiosidades; así por ejemplo los sserns y los golos suelen adornar las paredes exteriores de sus cabañas con varios dibujos hechos con excrementos de perro.

El plano fundamental, siempre el mismo en sus puntos esenciales, se ejecuta no sólo en distintos tamaños, si que también con muy diversos grados de miramiento. Los negros del Sud están en este punto más atrasados que los de las regiones ecuatoriales, por más que sus chozas sean muy superiores á las de los hotentotes. Algunos médicos han dicho repetidas veces que el suelo arcilloso y la forma de colmena de las cabañas cafres, unidas al traje y al lecho semieuropeos de los cafres de Natal, forman una combinación malsana que explica muchas defunciones. Por el contrario, todos los europeos admiran el sistema de construcción de las chozas de los wagandas y el esmero y comodidad que en ellas se notan. Las cabañas de Uganda, Uvinsa, Unyoro, etc., son limpias, secas y en su clase confortables. La transición de las chozas menos cuidadas á las que lo son en mayor grado, coincide visiblemente con la frontera septentrional de los territorios en que predomina la ganadería.

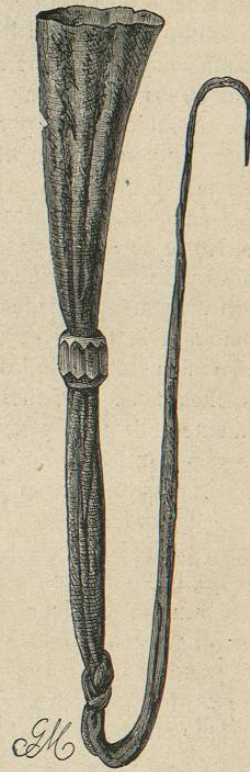
En ningún punto de Africa encontramos, con carácter de permanentes, las viviendas en los árboles que se ven en el país de los battas ó en la Nueva Guinea; pero no carecen de fortificaciones temporales en las cimas de los árboles gigantes, ni de construcciones de estacas: estas últimas revisten, así en el Este como en el Oeste, una forma muy especial, siendo las más típicas, al parecer, las del pequeño lago Morja, en el país de los lualabas, en donde Camerón encontró toda una población de constructores con estacas, que habitan unas chozas bajas y cuadradas construídas sobre estacas altas, navegan en árboles huecos y cultivan campos. Habiendo Camerón dirigido la palabra á algunos de ellos, echaron á correr y se refugiaron en sus viviendas: para subir á éstas, tienen una escalera que consiste en una estaca provista de ramas laterales. No lejos de ellos, habitan otros en islas flotantes, consistentes en toldos de ramajes entretijados llamados tingi tingi ó tikki-tikki, que forman frondosos techos en las orillas de este poco profundo lago. Estos toldos se clavan á unas estacas y sostienen las chozas de aquellos isleños que en estas viviendas plantan plátanos y crían cabras y gallinas; además, cultivan campos de frutos en tierra firme. Rohlf describe algunas aldeas de estacas en el bajo Benué.

Las aldeas de los negros tienen, con frecuencia, grandes dimensiones, lo cual se explica porque una tribu vive tan compacta como puede y agrupada al rededor de su caudillo, para disfrutar lo más directamente posible de la defensa cuya consecución es el primer objetivo de la vida en so-

ciudad. El grueso de toda la tribu se agrupa alrededor de la cabaña del caudillo; así por ejemplo los bamangwatos del Este y los matabeles del Norte ven reunida alrededor de Schoschong y del kral de Umzila respectivamente la mitad de sus pueblos. En los grandes imperios, en los cuales esto no es posible, las capitales son pequeñas, como sucede con las de Mussumba, Kaseembe y otras: á la muerte de un caudillo, es costumbre cambiar el emplazamiento de estas ciudades. Al escoger sitio para fundar una ciudad raras veces se tienen en cuenta las ventajas mercantiles, así es que los negros dejan sin aprovechar los lugares más á propósito para el comercio. Por esto pudo decir Chapman, hablando de un sitio junto á un confluente meridional del Zambezé: «Si este país estuviera habitado por hombres blancos, de seguro que en este sitio se alzaría una ciudad.» Nyangwe es una de las pocas poblaciones de los negros que disfrutan de una buena posición mercantil: los mismos europeos, como por ejemplo Camerón, reconocieron sus ventajas.

La población de los países negros africanos no existe en las proporciones que algunas narraciones populares consiguan, pudiendo afirmarse que su densidad no alcanza á una tercera parte de la de la población de Europa. Este término medio, sin embargo, no prueba gran cosa, pues en los territorios en que reina cierto grado de paz y de tranquilidad, como en los Estados fulbas, en Uganda, en una parte de Manyema y en las comarcas de los dinkas y de los schilluks del alto Nilo, la densidad de población llega á admirar á los europeos — 5,000 habitantes por milla alemana cuadrada entre los mombuttús, según Schweinfurth — al paso que muy cerca de ellos aparecen completamente desiertas comarcas en las cuales se ven huellas de haber estado anteriormente pobladas. En los siguientes términos describe Livingstone una vasta extensión de terreno despoblada que se encuentra al Este del lago Nyassa: «Es un país tan hermoso como no se podría encontrar en otra parte y en él hay impresas huellas de haber sido habitado por una población que se dedicaba á fundir hierro y á cultivar frutos: por todas partes se encuentran las pipas de arcilla que aquellos habitantes ponían en los tubos de sus fuelles é introducían en sus hornos; y los surcos trazados en los campos, en los cuales se sembraba el maíz, las habichuelas, el cazabe y el mijo, no han desaparecido todavía, siendo testigos de la actividad de los antiguos habitantes.» Y cuando Casalis atravesó la meseta que se extiende al Sud del país de los basutos, entonces desierta pero cubierta de huesos humanos, y preguntó dónde estaban los dueños de aquellos vastos territorios, le mostraban algunos miserables grupos de chozas diseminadas por las cimas de las montañas. En las descripciones que nos hacen Livingstone y Stanley de Manyema y de los territorios centrales del Congo y en las de Schweinfurth concernientes á los países de los bongos y de los djurs, encontramos por docenas escenas semejantes. Junto á estos cuadros de exterminio y desolación, aparece en todo su florecimiento la vida de esos pueblos, cubriendo materialmente el país de viviendas tan apiñadas que apenas dejan entre sí hueco alguno. De la propia suerte que Stanley en el Congo, vió Schweinfurth en el Nilo, en el país de los schilluks, largas filas de cabañas que se extendían en una longitud de millas por la orilla. Los territorios se suceden sin gradación alguna, viéndose al lado de tierras fértiles y cubiertas de verduras, otras que parecen devastadas por el granizo. Allí, como en todas partes, es debidamente apreciado todo aquello que puede ser una defensa para la población; así es que las montañas y las islas aparecen muy pobladas, al paso que lo están mucho menos las fértiles y accesibles llanuras. Las observaciones que respecto de la densidad de población

consigna Camerón en la ojeada general sobre los resultados de su famosa excursión por aquel continente, pintan muy bien este estado de cosas: «En las llanuras cubiertas de hierba que se extienden entre Bagamoyo y las montañas de Usagara, la población es escasa y habita en aldeas emplazadas en las alturas y en los bosques: en cambio, en las montañas está extraordinariamente poblado el valle fértil del Lugerengeri. La llanura de Makata, que viene inmediatamente después, es, en su parte oriental, un verdadero páramo, mientras que en la occidental hay algunas aldeas. Yermo es también el alto territorio lufidschi y poco poblada la meseta del Ugogo oriental, pobre en aguas. En cambio, de 20 años á esta parte se ha cultivado y regado de nuevo el



Estuche para el pene, de los cafres: hecho con una cola de antilope (Museo para Etnografía, Berlín) ^{2/1}, de su verdadero tamaño.

país comprendido entre Khoiko y Mdabura, teniendo esta última densa población. Los wakimbas han roturado el Mgunda Mkali (campo de fuego), que se extiende al Oeste del anterior y que antiguamente era una de las partes más desiertas del camino desde la costa á Unyanembe: en cambio, la comarca que se encuentra entre este campo y Tabora está pobremente poblada, posee muy poca agua y en su mayor parte solamente está cubierta de junglares. La línea fronteriza de Unyanembe es casi exclusivamente un junglar. Este mismo encierra una población densa y hasta la época de las luchas con Mirambo estaba perfectamente cultivado y poseía abundantes rebaños. El país de los wagandas es más salvaje y en muchos puntos está lleno de pantanos producidos por el Ugombe. Las llanuras de Ugara, pobladas de bosques, sólo aparecen clareadas en muy contados sitios. Por último, los territorios de Manyema visitados por los tratantes de esclavos y por pueblos bandidos, tienen escasa población y á menudo están desiertos: en cambio los demás están pobladísimos.» Si á esto añadimos las relaciones de Stanley y de Wissmann referentes al país virgen central del Congo, aparece éste por término medio muy bien poblado. Con la paz aumentan hacia el interior la cultura y la población.

Las siempre repetidas despoblaciones son de gran trascendencia etnográfica por las emigraciones que traen consigo. A pesar de todo, los territorios desiertos se van poblando rápidamente. Las frecuentes guerras obligan á emigrar y á colonizar, de suerte que muchas veces una emigración forzada constituye un bien para el país, pues los fugitivos cultivan un terreno hasta entonces yermo y van de esta suerte extendiendo la cultura. El país de Mgunda Mkali, en tiempo de Burton y de Speeke cubierto de maleza, pobre en aguas y despoblado, cuando lo visitó Camerón había sido, como hemos visto, roturado, cultivado y regado por una tribu wanjamwesi arrojada de sus residencias, con lo cual se había hecho perfectamente transitable el camino de Zanzíbar á Udschidschi en otro tiempo poco menos que inacce-

sible, en este punto, para las caravanas. Esto no obstante, sus habitantes se muestran muy desconfiados con los extranjeros y sus aldeas están cercadas como fortalezas y cerradas con puertas. Algunas jornadas más arriba había, en cambio, por aquel entonces una extensión de tierra en el territorio de los wakimbas despoblada á consecuencia de las incursiones de los propios wanjamwesis.

IDIOMAS DE LOS NEGROS

El gran acontecimiento realizado por la etnografía africana consiste en el conocimiento de la conexión entre los idiomas que se hablan desde las fronteras meridionales de los cafres hasta más allá del ecuador y á los cuales se ha dado el nombre de idiomas bantús; y además el estudio de las grandes diferencias que existen entre este grupo de idiomas y los de los hotentotes y bosquimanos. La opinión sentada casi al propio tiempo por W. H. J. Bleek, J. Logan y J. C. Adamson y recientemente apoyada por el valioso voto de Lepsius, de que el idioma de los hotentotes y probablemente el de los bosquimanos pertenecen al grupo de las lenguas del Norte de Africa, parece arrojar gran luz sobre las afinidades y diferencias que entre los pueblos africanos existen; pero únicamente puede ser considerada como hipótesis y como á tal la hemos ya citado anteriormente. Por lo que se refiere á la esencia de los idiomas bantús, se ofrecen las siguientes consideraciones como principales de este idioma tan extendido y en general perteneciente al grupo de las lenguas aglutinantes. Estas consideraciones significan casi otras tantas diferencias de los idiomas hamíticos de Africa. Las lenguas bantús son en primera línea lenguas marcadamente prefijas: cada sustantivo lleva delante de su raíz un prefijo, habiendo de 7 á 10 prefijos distintos que designan y diferencian casi igual número de clases de nombres, tales como hombres, animales, plantas, instrumentos, etc. La mayor parte de las palabras tiene una sílaba que las precede y que es distinta para el singular y para el plural. Así por ejemplo en el idioma waganda *lungi* significa bueno, *muntu mulungi* un buen hombre y *bantu balungi* buenos hombres; *muti mulungi* un buen árbol y *miti milungi* buenos árboles; *ngumba nungi* buena casa ó buenas casas; *kinti kilungi* una cosa buena y *bintu bilungi* cosas buenas; *lusogi lulungi* una buena cabaña y *nsogi nungi* buenas cabañas; *toki dungi* un buen plátano y *matoki malungi* buenos plátanos; *wantu walungi* un buen sitio ó buenos sitios, etc.

Los verbos llevan también una sílaba delante de las demás, indicando la persona y el tiempo y haciendo las veces de pronombre relativo, de sujeto y de objeto: la raíz del verbo viene en último lugar, de suerte que muchas veces lo que en lenguas europeas constituiría la mayor parte de una frase ó la frase entera, en el idioma bantú es una sola palabra. El siguiente ejemplo tomado del idioma swahili dará una idea clara de ello: «El, que quiere darle el cuchillo» = *ata-kayekimpa kisu*: *a* = el, *taka* = quiere, *ye* = que, *ki* = lo, *m* = le, *pa* = dar, *kisu* = cuchillo.

Mientras que estos prefijos marcan estrictamente las diferencias entre lo animado y lo inanimado y otras «distinciones de clase» de menor importancia, ninguna relación tienen con una diferencia mayor, cual es la distinción de géneros. Es realmente un hecho extraño que un rasgo tan fundamental en nuestros idiomas y en los semíticos y hamíticos, como es el de la diversidad de géneros, aparezca olvidado por completo. Hay, ciertamente, palabras especiales para designar al padre y á la madre, pero en cambio no las hay para el hijo y la hija, el hermano y la hermana: las palabras *mona* y *pange* se aplican á los hijos y á los herma-

nos en general respectivamente: no se distingue al tío de la tía, al sobrino de la sobrina, al él del ella. En cambio, tienen los bantús, cosa que nosotros no tenemos, nombres especiales para los hermanos mayores (*kota*) y para los menores (*ndenge*), lo cual hace notar más ciertas faltas cuando se comparan estas palabras con otras que no tienen voces propias. Como puede suponerse, en tales idiomas sólo hay preposiciones y ninguna postposición. La concordancia por medio de prefijos iguales ó eufónicamente diferentes, desempeña un papel importante. El orden que guardan las palabras en la frase es el siguiente: sujeto, verbo y objeto, pero éste va precedido por un pronombre abreviado que se coloca delante de la raíz verbal. Al carácter articulado del idioma bantú corresponde la paragoge de cada sílaba con una vocal; en cambio la protesis aconsonantada se emplea á menudo por medio de prefijos especialmente nasales. Por último, una de las más raras particularidades del idioma bantú es la entonación, pues las mismas palabras expresan ideas distintas, según que se pronuncien en voz alta ó baja.

Una de las condiciones más notables es la relativa uniformidad de estos idiomas dentro de territorios tan extensos, lo cual sólo puede explicarse por los cambios y mezclas de los citados pueblos bantús. Poco conocido es el grupo norte-ecuatorial, pero se sabe lo bastante acerca del idioma waganda, por ejemplo, para poder apreciar la mucha semejanza que tiene con el de los zulús ó con el de los hereros. Por lo que hace á las lenguas bantús sud-ecuatoriales, Bleek dice que el grupo sud africano se compone de una parte central, que abarca casi todo el país conocido que se extiende entre el trópico Sud y el Ecuador, y de otras dos ramas desprendidas pertenecientes la una al Sudeste y la otra al Noroeste: la parte central se subdivide en dos mitades, una oriental y otra occidental, cada una de las cuales ofrece por lo menos dos matices de idiomas: la parte sudeste también se subdivide en otras dos. La parte sud-oriental está caracterizada, al parecer, por la circunstancia de que todas las terminaciones de las palabras afectan exclusivamente á las sílabas que las preceden, al paso que en las demás acontece lo contrario. Tres subdivisiones hay que notar, la de los cafres, en el sentido estricto de la palabra, la sitchuana y la tekeza: la primera, con la variedad de los zulús, contiene las formas más completas y más originarias y es la más armoniosa: la sitchuana es más gutural y tiene las vocales más oscuras y las consonantes más agudas: la tekeza es más rica. Dentro del idioma sitchuana encontramos muchas más diferencias dialécticas que en el cafre, pareciéndose más á éste los dialectos del Este que los del Oeste.

Pero á todas estas diferencias puede aplicárseles, según parece, lo que Max Buchner dice de todos los idiomas del reino de Angola y del de Lunda que á sus oídos llegaron: «Que esas maneras de hablar se consideren como idiomas especiales ó como dialectos derivados de un mismo idioma, es cosa de poca importancia, y depende de la definición que se dé á cada una de esas dos ideas. Si nos aventuráramos á una comparación con las diferencias europeas, podríamos afirmar que los dos extremos que nos son conocidos, Angola y Lunda, no se diferencian entre sí más que el holandés y el alemán del Norte. El kioko, el schinsch y probablemente también el minungo, son casi idénticos. Entre el angola, el bondo y el songo, lo propio que entre el bangala, el bondo y el songo, encontramos por todas partes transiciones, por la razón de que esas tribus hace mucho tiempo que están en contacto. El kioko y el lunda son muy distintos el uno del otro, á pesar de que las aldeas de ambos estén confundidas. Aquí se habla el lunda; allí, quizás á un solo kilómetro de distancia, se habla el kioko. Los kiokos, como

extranjeros inmigrantes procedentes del Sud, hace muy pocos años que habitan en territorio lunda.» Pero en medio de todas estas pequeñas ramas especiales, no menos variadas en su modo de ser, hay, según expresión del propio explorador, «una sorprendente semejanza que constituye el carácter más importante, carácter que no han podido hacer desaparecer ni las grandes diferencias de civilización ni las distancias.» Los damaras ó hereros son pobres ganaderos en el Sudoeste de Africa; los banabyas son acomodados agricultores en el territorio central del Zambezé; y los makalaks, á semejanza de los betschuanes, son mitad agricultores mitad pastores. Chapman, que desde el país de los damaras fué á parar al de los makalaks y banabyas, encontró los idiomas de éstos tan parecidos al de aquéllos que pudo entenderlos gracias al conocimiento que de este último tenía.

Añadiremos algunas observaciones que, al par que caracterizan los idiomas bantús, son de una importancia y especialidad extraordinarias. El sistema de contar es idéntico al nuestro, siendo la unidad numérica mayor cien: en pasando de ésta se cuenta por lo general con palabras extranjeras que en el alto Nilo son árabes y en el Sudoeste de Africa portuguesas (*mil* convertido en *miri*). Existen varios indicios de que antiguamente sólo contaban hasta cinco y luego se comenzaba una nueva serie. Para decir veinte, treinta, etc., dicen dos diez, tres diez, etc. A partir de diez y de veinte, dicen diez y uno, veinte y uno. El diez tiene el valor de un sustantivo, pues no sólo tiene plural sino que puede también servir de colectividad, como nuestra docena; así por ejemplo dicen: *dikuini dia hombo*, una decena de cabras, diez cabras, dejando en singular las ideas parciales.

Las sensaciones de sabor, tales como dulce, salado, amargo, se expresan por medio de un circunloquio con un solo adjetivo que significa picante, y así se dice, por ejemplo, picante como caña de azúcar, como sal, etc.: lo propio sucede con los colores, para los cuales sólo hay tres vocablos, á saber: negro (que también se aplica al azul), blanco (con el cual se designa además el amarillo y especialmente el claro brillante) y rojo; de lo cual no debe, sin embargo, deducirse que los negros sean menos sensibles que nosotros á los colores. Fuera de la diferencia entre el singular y el plural, no hay en tales idiomas la declinación, á no ser que como á indicio de que ésta existe quiera aceptarse la partícula general de dependencia *a*, que viene á corresponder á la forma de nuestro genitivo y que se traduce por nuestro *de*. Las interjecciones ofrecen gran riqueza de modulaciones sonoras: *aná*, según Buchner, corresponde al «¡sea!», *eoia* al «¡guay!»; *aina* al «¡viva!» Tales son las interjecciones que se oyen cada día y á cada hora. Como aseveraciones ó protestas usan especialmente «¡muerto!» «¡tu verdad!» «¡por cierto.» La interrogación se expresa con el tono y en nada altera la colocación de las palabras. En armonía con la sencillez, algunas veces harto pesada, de la manera de expresarse, nótese una carencia absoluta de giros complicados y casi de toda ramificación. A esta sencillez corresponde, por otro lado, una regularidad y una consecuencia extraordinarias: así como entre nosotros abundan tanto las excepciones que á veces desfigurán por completo la regla general, en aquellos idiomas acontece lo contrario; lo cual hace mucho más fácil y agradable el análisis.

Este característico idioma bantú, con sus innumerables y variados dialectos, se extiende por la mayor parte del territorio que habitan los negros africanos. Esta difusión de un idioma corresponde, según ya hemos dicho y según veremos más claramente en las descripciones parciales, á la difusión de una porción de elementos etnográficos sobre un mismo territorio; sólo que estos últimos están mucho

más extendidos, puesto que reaparecen en su mayor parte entre los hotentotes, tan diferentes en punto á lenguaje, y pertenecen también á los negros del Sudán que hablan una lengua muy distinta. Es, pues, permitido deducir la consecuencia probable de que los llamados negros bantús no son más que una rama joven del tronco africano de los negros: las afinidades etnográficas son de una época más antigua, al paso que esa comunidad de lenguaje debe ser resultado de una difusión posterior que partió de un centro de irradiación limitado. El espacio que en este vasto territorio lingüístico ocupan los países de los idiomas negros desviados, es muy pequeño, circunscribiéndose á una extensión de latitud variada aunque siempre exigua entre el bantú y los idiomas semíticos y hamíticos.

En medio de estos idiomas que Lepsius ha calificado de negro-mestizos, puede distinguirse perfectamente un grupo del alto Nilo de otro africano-occidental. De aquéllos sólo han sido detenidamente estudiados el bari y el dinka que guardan entre sí la relación de elevado y bajo grado de desenvolvimiento, de tal manera que el primero puede conceptuarse desarrollo del segundo. El rasgo característico de ambos es la falta de forma con paragoge para la aglutinación. El verbo, en el idioma dinka, carece de toda determinación concreta de modalidad, tiempo y persona, al paso que en el bantú se ha creado una reduplicación para expresar la idea de duración. Para los números se parte del sistema quinario. Federico Muller incluye entre estos idiomas el nuehr y el schilluk, y los abarca á los cuatro bajo la denominación de idiomas del Nilo, oponiéndolos al bongo y al mittú. El idioma dinka y el bari son armoniosos; en cuanto al poco conocido madí, dice Felkin que se habla con voces castañeteadas parecidas á las de los sud-africanos. Lo que no se ha hecho todavía es una tentativa para señalar á los idiomas del Nilo un sitio determinado entre los demás idiomas no bantús.

En las costas occidentales, los idiomas de las pequeñas tribus negras que se extienden desde la desembocadura del Nilo hasta la del Senegal, constituyen una transición de los idiomas bantús, que se extienden considerablemente hacia



Una negra de Loango (de una fotografía que posee el Sr. Dr. Pechuel-Loesche en Jena).

el Norte, á las lenguas hamíticas del Noroeste del Africa. De ellos, algunos, como el esik, el ibo y el yoruba, tienen en sus puntos principales gran semejanza con el bantú, siendo como éste idiomas prefijos. Siguen luego varios idiomas con carácter propio, como el ewe (Aschanti), el ga (Akra) y el odschi que Lepsius considera como grupo compacto que, habiendo salido del bantú, ha ido degenerando hasta llegar á ser un idioma sin forma. Las lenguas kru y vei se les parecen, al paso que el temne y el bullom de Sierra Leona se vuelven á acercar al bantú con sus prefijos nominales y sus clases de ideas. En los idiomas tan diferentes y extendidos de los wolof y de los fulbas, no faltan, al parecer, indicios que demuestran su afinidad con el bantú.

Entre los actuales negros no puede reconocerse muestra alguna de escritura de ninguna clase ni se han encontrado tampoco en su país huellas de una antigua escritura como las que aparecen entre los polinesios de las islas de Pascua. Desde este punto de vista, los negros del Océano Pacífico, los indios de la América del Norte, y los hiperbóreos con su escritura jeroglífica que les permite consignar los acontecimientos notables, están muy por encima de los negros africanos, entre los cuales sólo pueden comprobarse los rudimentos de la misma representados por maderos con muescas y por signos de propiedad. Los acreedores y los deudores suelen anotar por medio de incisiones hechas en un palo las unidades prestadas (pedazos de tela, por ejemplo): asimismo los comerciantes y los faquines acostumbran á consignar en sus bastones de viaje el número de veces que durante éste han pernoctado, marcando también por medio de ranuras mayores ó de diferente forma los acontecimientos importantes. Cuando en alguna parte crece una calabaza notablemente hermosa que promete llegar á ser un magnífico utensilio para el agua, el propietario se apresura á grabar en ella con su cuchillo un signo especial que ha de estar indudablemente en combinación con sus sentimientos supersticiosos. Sin embargo, la citada creación de una escritura para el idioma vei, inventada por los negros de esta tribu, demuestra que las dotes de los negros están también á la altura de este adelanto cuando á ello les mueven determinados impulsos.

CAPÍTULO VII

EL PAÍS CAFRE Y LOS CAFRES

«El territorio más favorecido de todo el Sud de Africa.»

Carácter de bancal de este país. — Abundancia de aguas. — Clima subtropical. — Riqueza de la flora. — Vigor corporal y energía espiritual de los cafres.

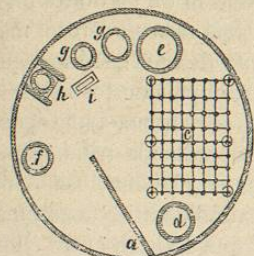
Al territorio más favorecido de toda el Africa meridional, que como un jardín se extiende entre la meseta del interior y el Océano Índico, lo denominamos concisamente país de los cafres, designando con este nombre el país montañoso y el país bajo de la parte oriental del Sud de Africa que va descendiendo hasta dicho Océano. Como fronteras septentrional y meridional pueden señalarse generalmente el Limpopo y el gran río de los Pescadores. Este país se divide, desde el punto de vista político, en Cafrería, Natal y Zululand: su superficie podrá tener unas 2,000 millas cuadradas. En la configuración del terreno prevalece en absoluto el carácter de bancal que se manifiesta por tres extensas gradas descendiendo desde las alturas hasta la costa: la primera la forma el territorio que podemos llamar cinturón de costas, de suave declive, y de 3 á 4 millas geográficas de anchura, bordeado de pantanos en la costa y poblado en el

interior de magníficos bosques, único ejemplar de vegetación verdaderamente tropical que existe en el Sud de Africa. Detrás de este cinturón tropical, álzase algunas colinas que, cortadas por escarpados valles, se elevan á una altura de 6 á 800 metros y conducen á la segunda grada, en la cual reina un clima templado y se extienden grandes praderas, llanuras naturales llenas de verdura, raras veces interrumpidas por matorrales ó por bosques. Sobre ésta, finalmente, se eleva la tercera grada con las verdaderas estribaciones de la cordillera oriental del Sud de Africa, cuyo eslabón principal lo constituyen los montes de Draken: esta tercera grada es un país alto, en parte muy poblado de bosques, y en forma de colina, cruzado también por extensos prados naturales, sobre los cuales se destacan la cordillera y la cima de las montañas Draken cubiertas de nieve durante el invierno. Esta ancha grada forma en algunos puntos una segunda grada, de suerte que á menudo oímos hablar de cuatro gradas en este territorio costanero que no tiene de ancho más de 30 millas alemanas, lo cual puede dar idea de la estrechez de esta comarca en forma de bancal. Naturalmente esta disposición en gradas no aparece igualmente marcada en toda la extensión (8° de latitud) de este territorio costanero, siendo más notable en el centro y en el Sud: hacia el Norte esta configuración desaparece en cierto modo a consecuencia de las ramificaciones de los montes Draken que se extienden así hacia el Este como hacia el Oeste, y en cuya estructura ven los geógrafos indígenas los dedos de una mano: el dedo meñique es el Tugela, el pulgar lo forma la estribación que acompaña al Umkomanzi, y el extremo del dedo medio descende desde el Umgeni hasta Port d'Urban. Más marcadas aparecen, sin embargo, al Norte las estribaciones de la cordillera que se dirigen á la costa, en donde los montes Lupompo están cortados por el Pongolo y otros afluentes del Daontu, que desemboca en la bahía de Delago, y habían de ser, en otro tiempo, atravesados por el ferro-carril proyectado desde el Lorenzo Marqués al Transvaal.

La dotación de aguas del país es tan grande, que Natal ha sido llamado el país de los doscientos ríos. Las corrientes son todas caudalosas y constantes y se dirigen rápidamente hacia la costa (la distancia media entre la cordillera y la costa no excede de 40 millas alemanas), mas por esta razón no tienen importancia alguna como vías de tráfico. De estos ríos, que en verano (noviembre hasta enero) tienen crecidas extraordinarias, los principales son: el Maontu que desemboca en la bahía de Delagoa; el Umvolosi que atraviesa el país de los zulús y que tan famoso es en la historia de éstos; el Tugela que sirve de frontera entre el Zululand y Natal; el Umgeni cerca del cual se encuentra Pieter-Maritzburg y en cuya desembocadura está el Puerto Natal (D'Urban); el Unzimvubu ó St. John's River en la frontera meridional de Natal; y por último el gran río de los Pescadores que en otro tiempo fué frontera entre la colonia y los cafres.

Por su clima pertenece todo este territorio á la región del monzón del Sudeste y tiene por consiguiente abundantes chubascos que le diferencian notablemente del resto del Sud de Africa, pues no sólo son importantes por su número, que alcanza 1200 milímetros en D'Urban, 900 en otros lugares de la costa y 1000 en Fort Napier (700 metros sobre el mar), sino que además ofrecen la particularidad de su distribución regular dentro del año. D'Urban tiene el minimum de lluvias en junio, julio y agosto, no obstante lo cual hay 12 días de lluvia con 70-80 milímetros; el maximum lo encontramos en diciembre y enero, durante cuyos meses hay de 35 á 40 días de lluvia con 500 milímetros. El calor, cuyo término

medio en Pieter Maritzburg (700 metros sobre el mar) es de 17° centígrados, está también regularmente distribuido, pues en los tres meses de invierno (desde junio hasta agosto) alcanza en dicho punto la temperatura media de 14° y en los tres de verano (desde diciembre hasta febrero) 23° centígrados. Este calor sólo mengua durante algunas noches. Por regla general, no nieva á una altura menor de 1200 metros. De manera que el clima de este país es un clima subtropical, cálido, en el cual la distribución de la humedad durante el año tiene sus períodos de lluvia y de sequía, por más que ésta no sea nunca absoluta. El clima es sano, excepción hecha de los terrenos bajos de la costa, en los cuales dominan las fiebres: la fertilidad del suelo aumenta de tal suerte, gracias á la acción combinada del calor y de la humedad, que en algunos terrenos privilegiados se consiguen hasta tres cosechas de cereales y de radícicolas. Por otro lado, las llanuras de las costas permiten aclimatar en ellas los cultivos tropicales.



Plano de una cabaña de Mubi (según H. Barth).

3 1/2 metros de diámetro.

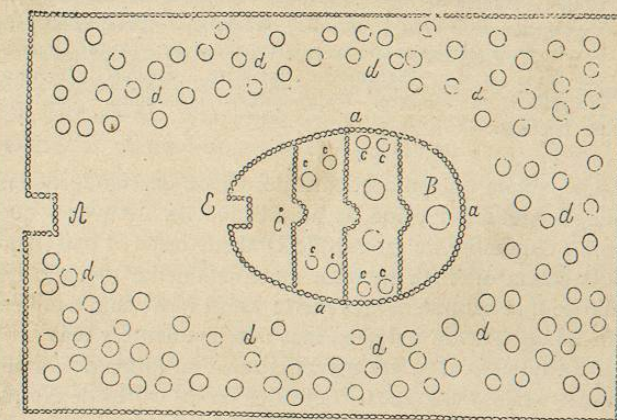
a: Abertura que sirve de puerta y pared transversal. — b: Cama. — c y d: Urnas para el grano. — e: Urna para el agua. — f y g: Cucharas de arcilla. — h: Hogar. — i: Taburete.

Bajo la influencia de tales condiciones climatológicas, la flora de este país es más tropical que la de ningún otro territorio del Sud de Africa. Entre las montañas y el mar, hasta más allá de 30 grados al Sud, penetra como cuña una lengua de tierra en la que aparece la flora del Sudán. Cierta que preponderan en este país los pastos y los bosques en forma de parques de acacias, brezos y proteóideas, pero hay también, hasta los 32° de latitud Sud, algunas palmeras pequeñas y en las selvas de las costas no faltan árboles elevados, entre los cuales merecen citarse, por la utilidad que reportan, el ébano y la llamada madera de hierro, ambos de la familia de los árboles oleíferos, el fustete y sobre todo la verdadera acacia. Este último árbol es el más útil de cuantos se crían en el Sud de Africa, pues su goma sirve de medicina y en caso necesario de alimento, lo propio que su jugosa raíz. Las espigas de la acacia sirven de agujas, la corteza se emplea para curtir, y la madera es el combustible más usual gracias á la rapidez con que crece el árbol. Por último el ramaje cubierto de espigas es muy utilizado para la seguridad del kral y de los recintos en que se guarda el ganado. Entre los árboles y arbustos frutales indígenas, citaremos el grosellero del Cabo, una *Passiflora* que produce un fruto succulento en forma de huevo parecido á la grosella, el amatungulu ó ciruelo de Natal (*Aránniana grandiflora*) y la manzana kei (*Diospyros* = guayacana). También es indígena, al parecer, el moral. Los plátanos han sido considerados por algunos como indígenas, porque con frecuencia se les encuentra en estado silvestre: lo propio sucede con el tabaco. Finalmente el país de los cafres es uno de los que más producen la caña de azúcar, el arroz y el algodón.

Pero precisamente en medio de esta riqueza se nos ocurre una pregunta que importa formular para todo el Sud de Africa, para todos los sud-africanos. ¿Hasta qué punto son utilizadas todas las ventajas que este país ofrece? ¿Hasta dónde llegan los perjuicios que las malas circunstancias producen? En una palabra, ¿hasta qué punto el hombre se ha penetrado de estas condiciones naturales y es influido por ellas? A esto se podrá contestar que los bosquimanos y los

hotentotes pueden ser en más alto grado llamados hijos de esta naturaleza que todos los cafres, y que estos últimos, en muchos conceptos, producen la impresión de no haber vivido en estos territorios templados el tiempo suficiente para enlazarse íntimamente con los hilos de la acción de la naturaleza. Basta recordar lo incompleto de sus trajes, lo poco familiarizados que están con el mar, la falta de navegación y de pesca y lo imperfecto de su agricultura para sospechar que por lo menos los hombres de color oscuro de entre los sud-africanos probablemente — según ellos mismos refieren en sus tradiciones — inmigraron allí procedentes del Norte, en época que aun puede recordar la memoria, no habiéndose naturalizado todavía por completo.

El Africa meridional comprende una serie de pueblos negros que habitan en la parte oriental desde el Zambezé hasta la punta del Sud y que enumerados de Norte á Sud son: los swasis, los zulús, los pondos, los baktús, los tembús y los kosas. Hace 200 años que á todos se les designa con el nombre común de cafres, por más que ellos no se den esta denominación genérica. Estos pueblos no presentan diferencias muy marcadas con sus camaradas del Norte y del Oeste, con los cuales están en cierto modo unidos por medio de algunas tribus especiales del Zambezé y del Nyassa. Lingüística y etnográficamente tienen muchos puntos de analogía con los negros del Africa tropical; sin embargo, por diferencias de lugar, por la influencia de las condiciones naturales en que viven y por el contacto con los sud-africanos blancos y con los colonos del Sud de Africa de origen europeo, siéntense influidos de muy distinto modo que las tribus que habitan más hacia el ecuador. Desde el punto de vista corporal, pertenecen á las tribus negras más vigorosas; en sus dotes espirituales sobresale la energía que los coloca al lado de aquellos pueblos africanos conquistadores y creadores de Estados; su principal rasgo etnográfico consiste en que dedican toda su actividad á la cría de bueyes, de suerte que, sin por ello abandonar la agricultura, son principal-



Plano de una aldea fortificada, en Bihé (según Serpa Pinto)

A: Entrada. — B: Choza cuneiforme en donde residen los caudillos. — C: Trofeos de cráneos. — aaa: valla que cierra la vivienda del caudillo. — E: Entrada de la misma. — ecc: Chozas de las mujeres del caudillo. — ddd: Chozas del pueblo.

mente pastores: su vida y sus tendencias son las mismas que las de los pueblos pastores que desde el Nilo Azul hasta el río de los Pescadores, recorren las mesetas del Este de Africa. De esta apasionada inclinación á la vida pastoril derivan por un lado su fuerza corporal, que se alimenta de leche y de carne, y por otro el gran desenvolvimiento de las relaciones sociales que se basa en el bienestar conseguido por la posesión de los rebaños, el orgullo y el sentimiento de independencia de los poseedores, la disciplina social y política